

u otra cita de su obra muy cuidadosamente escogida por Edwards aquí y allá pareciera brindarle cierto aval, pero —al mismo tiempo— tampoco estamos los simples lectores en condiciones de calibrar una intimidad como parece ser el caso de este cronista.

De todos modos, más allá de lo bien tramado del libro, que prácticamente no decae en su interés por ningún momento, y de lo apasionante y significativo de esa doble relación (ambigua en el mejor sentido) con que el autor va oscilando entre simpatizante y disidente, como le ocurrió a otros intelectuales de más o menos su misma generación, hay otras inferencias que bien podemos permitirnos. En primer lugar, que todo lo que simboliza de saludable y positivo, por ejemplo, la caída del muro de Berlín, no puede servir tan sólo para acentuar ahora apenas uno de los polos del antiguo maniqueísmo. Las cosas, como suele ocurrir, y por suerte, son mucho más sutiles, mucho más complicadas, y mucho más amplia la gama de los matices posibles. Este mismo escritor, Jorge Edwards, que se animó a enfrentar como dijimos a Fidel Castro, lo hizo «desde una posición de izquierdismo racional y democrático» (pág. 258) y, aún hoy, para despecho de ciertos anti, en este mismo libro concluido en mayo del año pasado habla de sí mismo con estas palabras: «era en aquellos años, y a veces llego a sospechar que lo sigo siendo, lo que se llama un *intelectual de izquierda*».

Por otro lado, sean cuales fueren las diferencias que tengamos lealmente con las posiciones políticas tan largo tiempo sostenidas por Neruda, y más allá también de la desconfianza que podía ocasionarnos el hecho de haberse visto vuelto estatua en vida, nos resulta hoy casi inimaginable —no sólo en nuestro atribulado país sino en casi todo el planeta, ya prácticamente sometido en su totalidad a la influencia deletérea de la llamada sociedad de consumo— que un escritor que sólo fue estrictamente *poeta* haya logrado alcanzar una tan vasta resonancia pública, no ya apenas nacional, sino decididamente internacional.

E intuyo, modestamente que, en su medida, para algo debe haber contribuido ciertamente a ello, la envidiable circunstancia de que en su propio país, nuestro querido y hermano Chile, hoy felizmente devuelto a la democracia (cosa en la cual también algo tuvo que ver este mismo Jorge Edwards, presidente durante la dictadura de Pinochet del Comité de Defensa de la Libertad de Expresión), la poesía es y, confío, sigue siendo, a diferencia de lo que ocurre desdichadamente en otras partes, una presencia activa y por lo tanto nutricia no sólo en los ámbitos culturales sino también, lo que es quizá más importante y llamativo, en amplias capas de su entera sociedad.

**Rodolfo Alonso**



# Los libros en Europa

**Las máscaras de Dios. Volumen I: Mitología primitiva.  
Volumen II: Mitología oriental**

Joseph Campbell

Traducción de Isabel Cardona y Belén Urrutia

Alianza, Madrid, 1991, 561 y 594 páginas.

Como suma de su obra de antropólogo especializado en religiones comparadas y orientado hacia las descripciones psicoanalíticas de lo mitológico, Campbell ha construido esta obra en cuatro volúmenes, de los cuales se ofrecen, ahora, los dos primeros.

Tras una breve introducción teórica, en la cual se delimitan las categorías de lo religioso y lo mítico, el autor se interna en las creencias religiosas de la prehistoria, agrupando los relatos míticos por temas concretos y encasillando, a su vez, éstos, en los conjuntos culturales mayores (pueblos cazadores, labradores, hasta los umbrales del paleolítico), deteniéndose con especial interés en los fenómenos del totemismo animal y del chamanismo.

En el volumen dedicado al mundo oriental caben más precisiones teóricas, entre las cuales una destaca por lo difícil y fundacional: el dualismo Oriente/Occidente. En los campos temáticos, Campbell se encamina por nacionalidades abarcentes: China, India y Japón. No obstante, hay una serie de temas comunes que hacen a un gran apartado liminar, donde se analizan los contenidos religiosos del Estado, las ciudades utópicas y el sentido de la temporalidad en las culturas asiáticas clásicas.

La obra campbelliana quizá sea, junto a la *Historia de las religiones comparadas* de Mircea Eliade, la em-

presa de mayor aliento sistemático y, a la vez, la más sintética en la materia. Se la puede abordar como una enciclopedia, pero también como una narración de la historia religiosa de la humanidad, lo cual equivale a decir de la historia de las culturas y de la Humanidad como categoría. La erudición aparece al servicio de la fluidez y la sapiencia de una vida dedicada a la babélica variedad de las máscaras divinas, está puesta en marcha para la persuasión y edificación del lector.

## **Krause, educador de la humanidad**

Enrique Menéndez Ureña

Universidad Pontificia de Comillas. Unión Editorial  
Madrid, 1991, 506 páginas.

Krause y el krausismo hispánico han sido objeto de constantes relecturas en España y América Latina. La actualidad y revalorización del curioso krausismo en nuestra cultura obliga a tales retornos constantes. Menos habitual, en cambio, ha sido estudiar la vida del afortunado filósofo alemán fuera de Alemania.

Menéndez Ureña, con paciencia de estudioso y versación de filósofo, se ha medido con una enorme cantidad de documentación krausiana, que comprende documentos manuscritos de primera mano y bibliografía de época, primaria y derivada, así como fuentes comparadas. De tal modo, es posible seguir el itinerario mundano de Krause y, al mismo tiempo, observar su formación como pensador y escritor, es decir, haciendo una necesaria síntesis entre biografía externa y obra intelectual.

Vemos a nuestro filósofo en la casa paterna para luego formarse en la mitológica Jena de 1800, ingresar en la masonería, elaborar su modelo de humanidad, trabajar como enseñante y lingüista en Dresde y en Berlín, para culminar sus estancias finales en Gotinga y la mencionada ciudad sajona, cuando sus encontronazos con las religiones institucionalizadas, a partir de una religiosidad ecuménica e ilustrada que choca contra los poderes eclesiales establecidos y la politización de lo sagrado.

El aporte de Ureña como biógrafo es de primera calidad, pero, además, el lector interesado podrá volver, esta vez genéticamente, a la obra de Krause, siguiendo la huella de su historia espiritual y relejendo su obra, curiosa e incitante, a la vez que convertida en uno de nuestros destinos intelectuales.

**Historia y futuro ¿Sobrevivirá la modernidad?**

Agnès Heller

Traducción de Montserrat Gurgui

Península, Barcelona, 1991, 219 pp.

Heller vuelve siempre a sus viejos amores, aunque no siempre con el mismo amor. Su amplia zona de inquietudes está poblada por los asuntos y zozobras de la modernidad, entendida con la amplitud que va desde la recepción de Aristóteles en el Renacimiento hasta la actual Europa sin muros ni excesiva claridad de metas.

Esta miscelánea permite reexaminar antiguas investigaciones de Heller, como la sociología de lo cotidiano, a la que dedicó un libro entero allá por 1970, y que Península incluye en su catálogo; la moral kantiana y sus vinculaciones con la dupla sociedad-felicidad; la epistemología de las ciencias sociales, tema espinoso para un investigador de formación marxista; la tan manida desaparición del sujeto; Karl Schmidt y su teoría del poder autosustentado; las posibilidades de que, con el sujeto, la cotidianeidad y lo público, también acaben los tiempos modernos. Y el interrogante obligado acerca de si vivimos, sin darnos cuenta o categorizándolo mal, un tiempo posmoderno.

Muchos incisos del pensamiento político y social se han ido desvaneciendo en estos veinte últimos años. Sin embargo, quedan en pie las propuestas de los tiempos modernos y, singularmente, de la Ilustración. No sus consecuencias actuales, sino sus promesas incumplidas. Si resultan irrealizables, la modernidad ilustrada habrá caducado. Ello no es bueno ni malo, es simplemente histórico. Nada en la historia tiene garantía de eternidad. Pero estamos acabando un siglo en el cual, cada vez que se quiso atentar radicalmente contra la Ilustración, se volvió, con balances sangrientos y alocados, a lo premoderno.

Tenemos futuro, dice Heller, en tanto no hemos acabado con las empresas de nuestro pasado inmediato. Y en la medida en que los hombres se reconozcan, no iguales, sino distintos y equivalentes. Otros y solidarios.

**La cuestión colonial y la economía clásica**

Carlos Rodríguez Braun

Alianza, Madrid, 1989, 232 páginas.

Tras una breve introducción acerca del pensamiento

económico sobre el asunto colonial en los siglos XVI al XVIII, el autor entra de lleno en el estudio de las teorías que los economistas clásicos, liberales o imperialistas, ofrecen para explicar el fenómeno del colonialismo como parte necesaria y protagónica en la evolución del capitalismo mercantil, y luego, industrial.

Los intereses de Braun se concentran, sobre todo, en Adam Smith, Jeremy Bentham, John Stuart Mill y Karl Marx. Todos ellos, en diversa medida, aprobaron el colonialismo y criticaron la gestión colonial. Algunos, como Smith, propusieron dar mayor autonomía y calidad de provincias a las colonias. Ninguno propició la independencia de ellas, si acaso, alguno, aceptó que se independizaran aquéllas donde había una mayoría de población europea.

Los reparos a la explotación de las colonias provenían, en los economistas liberales, al elevado coste de su manutención y a la formación de monopolios que impedían el desarrollo del comercio mundial. En cuanto a Marx, celebró que los ingleses ocuparan la India y los norteamericanos, medio México, pues creía que el capitalismo era más avanzado que la economía asiática o feudal, pero atacó la ocupación inglesa de Irlanda, porque dañaba la unidad internacional de los proletarios en ambos países. Marx esperaba la revolución socialista sólo en Inglaterra y jamás se manifestó contrario a la expansión capitalista internacional por medio del colonialismo, como algunos estalinistas y secuaces han intentado mostrar en nuestros días, censurando los escritos de Marx y Engels sobre el tema.

El libro ataca, pues, algunos tópicos, y ellos es bueno, sobre todo si se hace de manera ponderada y documentada, como es el caso.

**Jean Genet. La vida de un escritor maldito**

Jean-Bernard Moraly

Traducción de Alberto Bixio

Gedisa, Barcelona, 1989, 327 pp.

A pesar de su inmediata y tópica imagen de maldito y gamberro, el Genet que aquí se nos presenta tiene una contrafaz desconcertante y verosímil: es un gran trabajador, que se pasó la vida leyendo y escribiendo. Como

toda buena biografía, ésta posee una hipótesis de personaje, según exigen las buenas novelas. Para resolverla, el autor plantea una serie de espejos en los cuales Genet se refleja y reconoce, trazando su itinerario vital en la imaginación y circunscribiendo su propio rostro: Ronsard, Baudelaire, Dostoievski, Gide, Rimbaud, Cocteau, Sartre, Eurípides, Nietzsche, Proust y otros.

Genet se mueve por el mundo, los bajos fondos, la cárcel, luego los periódicos, las editoriales, los teatros, Grecia, Holanda, África del Norte, los Estados Unidos, para escribir. Lo posee la escritura y hasta su homosexualidad es vista por Moraly como una sodomización por(de) la palabra escrita. Para demostrar todas estas hipótesis, el biógrafo va haciendo una cronología anual por la que desfilan los distintos niveles de la vida genetiana. Lo que va escribiendo ilumina su vida cotidiana y viceversa. De este modo, la vivacidad del relato acompaña a la densa erudición libresca y periodística y al análisis textual. Muchos Genets van naciendo y creciendo a lo largo de estas páginas, hasta morir, como una multitud, en el cuarto final de Genet.

Moraly ha preferido la lucidez al pintoresquismo, y ha criticado muchos lugares comunes. Partiendo de su aporte, la vida/escritura de su biografiado adquiere una nueva etapa cualitativa.

### La sociedad de los individuos

Traducción de José Antonio Alemany

#### Compromiso y distanciamiento

Traducción de José Antonio Alemany

Norbert Elias

Ediciones Península, Barcelona, 1991, 270 y 222 páginas.

Michael Schröter recogió artículos sueltos de Norbert Elias, escritos en inglés y alemán, entre 1939 y 1987, o sea en la madurez y la extrema vejez del historiador y sociólogo. Recordemos que Elias vivió entre 1897 y 1990, y que su obra se centra en dos textos capitales de la historiografía en nuestro siglo, *La sociedad cortesana* y *El proceso de la civilización*.

En torno a estos libros hay una producción eliasiana que podría calificarse, sin desmedro, de «menor». Son trabajos sobre aspectos metodológicos y epistemológicos de las ciencias sociales, así como de historia del pensa-

miento social. De sus inquietudes temáticas puntuales vamos conociendo lo que se exhuma de modo póstumo, ensayos sobre los alemanes, sobre Mozart, sobre Freud.

En estos trabajos ahora comentados, Elias expone su concepción estructural de la historia y la sociología, estudio de la vida individual como perceptible, y de la vida social como imperceptible y abstracta. Pero de un individuo que es el resultado de una historia social y de una sociedad compuesta por individuos. En definitiva: una dialéctica individuo-sociedad que se pone en escena en ese mundo del cambio inespecífico que es la historia.

Otra dialéctica, la de distancia-compromiso, hace también a la validez objetiva y permanente de las ciencias sociales, o a su carácter esencialmente relativo y epocal. Son asuntos que preocuparon a Elias durante su tarea de historiador y que demuestran cómo, a la vez que hacía trabajos puntuales y concretos, meditaba sin cesar sobre la validez y el alcance de su propia tarea.

### Krausismo. Estética y literatura

Juan López-Morillas

Lumen, Barcelona, 1991, 232 páginas.

Publicada originariamente en 1973, esta antología del pensamiento krausista español sobre temas de estética hace *pendant* con el ya clásico estudio del mismo López-Morillas acerca de este movimiento filosófico. Recoge textos de Krause, Sanz del Río, Francisco Fernández y González, Canalejas, Giner de los Ríos, Revilla, González Serrano y el decisivo estudio de *Clarín* sobre Galdós. Si se incluye a Krause entre los españoles, se debe a que su traducción por Sanz supone una adaptación en profundidad del pensamiento alemán al medio hispánico.

En su estudio liminar, Morillas incide en las tres promociones de krausistas, que matizan y conservan, a la vez, las líneas de la escuela. La teoría del arte coincide con planteamientos románticos: la poesía es una tarea autoeducativa del hombre, cuyo progreso moral no depende de las instituciones sociales ni, por ello, es un evento histórico. La razón es atemporal y los valores fundamentales (Dios, la naturaleza, lo humano) son eternos.

También romántica es la idea de que el universo es un organismo articulado y que Dios lo ha creado como